

EL GRAN AVIVAMIENTO

Volumen 1 – Sermón No. 185

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 28 DE MARZO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los
confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro”
Isaías 52:10***

Cuando los héroes de antaño se prepararon para la lucha se pusieron su armadura, pero cuando Dios se prepara para la batalla, desnuda Su brazo. El hombre tiene que mirar de dos maneras: para su propia defensa, así como para la ofensiva a su enemigo. Dios tiene una sola dirección en la que dirigir Su mirada: el derrocamiento de Su enemigo, y Él hace caso omiso de todas las medidas de defensa y desprecia toda armadura. Él desnuda Su brazo a la vista de todo el pueblo. Cuando los hombres también quieren hacer su trabajo con seriedad, a veces se desnudan, como aquel guerrero de antaño que, cuando iba a la batalla contra los turcos, nunca luchaba contra ellos excepto con el brazo desnudo. “Tales cosas como ellas”, dijo Él, “no debo temer, tienen más motivos para temer mi brazo desnudo que yo su cimitarra. Los hombres sienten que están preparados para una obra, cuando se han deshecho de sus pesadas vestiduras.

Ahora, dejando la metáfora, que es muy grande, les recordaría que su significado se realiza plenamente cada vez que a Dios le place enviar un gran avivamiento de la religión. Mi corazón se alegra dentro de mí este día, porque soy portador de buenas nuevas, mi alma se ha llenado de felicidad en extremo por las noticias de un gran avivamiento de la religión en los Estados Unidos. Hace unos cien años, o más, agradó al Señor enviar uno de los despertares religiosos más maravillosos que jamás se haya conocido, todo Estados Unidos parecía sacudido de punta a punta por el entusiasmo de escuchar la Palabra de Dios. Y ahora, después del lapso de un siglo, ha vuelto a ocurrir lo mismo.

La presión monetaria finalmente se ha ido, pero ha dejado tras de sí el naufragio de muchas fortunas poderosas. Muchos hombres, que una vez fueron príncipes, ahora se han convertido en mendigos y en América, más que en Inglaterra, los hombres han aprendido la inestabilidad de todas las cosas humanas. Las mentes de los hombres, así separadas de la tierra por un pánico terrible e inesperado, parecen preparadas para recibir noticias de una tierra mejor y dirigir sus esfuerzos en una dirección celestial.

Cualquiera que esté familiarizado con el estado actual de los Estados Unidos, le dirá que dondequiera que vaya, hay las señales más notables de que la religión está progresando con majestuosidad. El Gran Renacimiento, como se le llama ahora, se ha convertido en la conversación del mercado común de los comerciantes; es el tema de todos los periódicos.

Incluso la prensa secular lo comenta, porque se ha vuelto tan asombroso que todos los rangos y clases de hombres parecen haber sido afectados por él. Aparentemente, sin causa alguna, cualquier temor se ha apoderado de los corazones de los hombres. Un estremecimiento parece atravesar todos los pechos a la vez y hombres de buena reputación afirman que hay, en este momento, pueblos en Nueva Inglaterra donde no podrías, incluso si buscaras, encontrar una sola persona inconversa. Tan maravillosa, casi diría, tan milagrosa, ha sido la expansión repentina e instantánea de la religión por todo el gran imperio, que apenas nos es posible creer la mitad de ella, aunque nos la digan. Ahora, como saben, en todo momento he sido peculiarmente celoso y desconfiado de los avivamientos, cada vez que veo a un hombre que se llama avivador, siempre lo considero un misterio.

Si a Dios le agrada hacer uso de un hombre para promover un avivamiento, muy bien; pero que cualquier hombre asuma el título y el cargo de avivador y vaya por el país creyendo que dondequiera que vaya es el vaso de misericordia designado para transmitir un avivamiento de la religión, es, creo, una suposición demasiado arrogante para cualquier hombre que tenga el más mínimo grado de modestia. Y de nuevo, hay un gran número de avivamientos que ocurren de vez en cuando en nuestros pueblos y a veces en nuestra ciudad, que creo que son falsos y sin valor. He oído que la gente se agolpaba por la mañana, por la tarde y por la noche para escuchar a algún renombrado predicador y, bajo su predicación, algunos gritaban, chillaban, se caían al suelo, se revolcaban en convulsiones.

Y después, cuando ha establecido una forma para los penitentes, empleando uno o dos patos señuelo para salir corriendo del resto y hacer una confesión de pecado, cientos se han presentado, impresionados por ese único sermón y declararon que, allí y en ese momento, se habían vuelto del error de sus caminos. Y fue recién la semana pasada que vi un registro de cierto lugar en nuestro propio país, dando cuenta que, en tal día, bajo la predicación del Rev. Sr. Fulano de tal, diecisiete personas fueron completamente santificadas, veintiocho fueron convencidos de pecado y veintinueve recibieron la bendición de la justificación. Luego vienen al día siguiente, muchos más y al siguiente, muchos más; y después todos son echados juntos, haciendo un gran total de unos cientos que han sido bendecidos durante tres servicios, bajo el ministerio del Sr. Fulano de tal.

¡Todo eso lo llamo una farsa! Puede haber algo muy bueno en ello, pero el exterior me parece tan podrido que apenas confiaría en mí mismo, para pensar que el bien interior llega a una cantidad muy grande.

Cuando la gente se pone a trabajar para calcular con tanta exactitud mediante la aritmética, siempre me sorprende que se hayan equivocado en lo que están haciendo. Fácilmente podemos decir que tantos se agregaron a la Iglesia en cierta ocasión, pero hacer un censo separado de los persuadidos, los justificados y los santificados es absurdo; por lo tanto, se sorprenderá al encontrarme hablando de avivamiento. Pero, tal vez, no se sorprendan tanto cuando trate de explicar lo que quiero decir con un deseo ferviente e intenso que siento en mi corazón, que a Dios le agradecería enviar a través de este país un avivamiento como el que acaba de comenzar. en América y que, confiamos, continuará allí por mucho tiempo.

Debo esforzarme por señalar, en primer lugar, la causa de cada avivamiento de la religión verdadera. En segundo lugar, las consecuencias de tal avivamiento. Luego, en tercer lugar, daré una o dos advertencias para que no cometamos errores en este asunto y concibamos que es la obra de Dios, lo que es solo del hombre; y luego concluiré exhortando a todos mis Hermanos en la fe de Cristo a trabajar y orar por un avivamiento de la religión en medio de nuestras Iglesias.

Primero, entonces, LA CAUSA DE UN VERDADERO AVIVAMIENTO. El mero hombre mundano no entiende un avivamiento, él no puede distinguirlo. ¿Por qué un repentino ataque de piedad, como él lo llamaría, una especie de epidemia sagrada, debería apoderarse de una masa de personas al mismo tiempo? ¿Cuál puede ser la causa de ello? Ocurre con frecuencia en ausencia de todos los grandes evangelistas, no se puede atribuir a ningún medio en particular, no se han utilizado agencias especiales para lograrlo, no se ha suministrado maquinaria, no se han establecido sociedades y, sin embargo, ha llegado, como un huracán celestial, arrasando con todo lo que se encuentra a su paso. Se ha precipitado a través de la tierra y de él los hombres han dicho: "El viento sopla donde quiere. Oímos su sonido, pero no podemos decir de dónde viene ni adónde va".

¿Cuál es entonces, la causa? Nuestra respuesta es, si un avivamiento es verdadero y real, es causado por el Espíritu Santo y solo por Él. Cuando Pedro se puso de pie el día de Pentecostés y predicó ese sermón memorable, por el cual se convirtieron tres mil personas, ¿podemos atribuir el notable éxito de su ministerio a algo más que al ministerio del Espíritu Santo? Leí las notas del discurso de Pedro, sin duda fue muy sencillo. Era una narración llana de los hechos, ciertamente muy audaz, muy cortante, dirigida y personal, porque no se sonrojó al decirles que habían dado muerte al Señor de la Vida y de la Gloria, y que eran culpables de Su sangre.

Pero en la mera superficie del asunto, debería decir que había leído muchos sermones mucho más efectivos que el de Pedro, y creo que ha habido muchos predicadores que han vivido, cuyos sermones, cuando se leen, habrían sido mucho más notables y mucho más considerados, al menos por la crítica, que el sermón de Pedro.

Parece haber sido extremadamente simple, adecuado y extremadamente serio, pero ninguna de estas cosas es tan eminentemente notable como para ser la causa de un éxito tan extraordinario.

¿Cuál fue entonces la razón? Y respondemos, una vez más, la misma palabra que el Espíritu Santo bendice para la conversión de uno, podría, si quisiera, bendecir para la conversión de mil. Y estoy persuadido de que el predicador más mezquino de la cristiandad podría subir a este púlpito esta mañana y predicar el sermón más sencillo, en el estilo más inculto y el Espíritu Santo, si así lo quisiera, podría bendecir ese sermón para la conversión de todo hombre, mujer y niño, dentro de este lugar; porque Su brazo no se acorta, Su poder no se estrecha y mientras Él es Omnipotente, creemos que Él puede hacer todo lo que le parece bien.

No imaginéis, cuando escuches que un sermón fue útil, que fue el sermón mismo el que hizo el trabajo. No concibáis, porque cierto predicador haya sido grandemente bendecido en la conversión de las almas, que haya algo en el predicador. Dios no permita que ningún predicador se atribuya arrogantemente tal cosa. Cualquier otro predicador, bendecido de la misma manera, sería tan útil y cualquier otro sermón, siempre que sea veraz y ferviente, podría ser tan bendecido como ese sermón en particular que se ha vuelto notable debido a las multitudes que han sido traídos a Cristo. El Espíritu de Dios, cuando le place, sopla sobre los hijos de los hombres, encuentra un pueblo duro y descuidado; pone un deseo en sus mentes, lo siembra y transmite en sus espíritus, un pensamiento hacia la casa del Señor, e inmediatamente, no saben por qué, acuden en multitudes para escuchar la Palabra predicada.

Arroja la semilla, la misma semilla, en la mente del predicador y este no sabe cómo, pero siente más fervor que antes. Cuando va a su púlpito, lo hace como a un sacrificio solemne y allí predica, creyendo que grandes cosas serán el efecto de su ministerio, llega el momento de la oración, los cristianos se encuentran reunidos en gran número. No saben qué es lo que les influye, pero sienten que deben subir a la Casa del Señor a orar, hay oraciones fervientes levantadas. Se predicán sermones fervientes y hay oyentes fervorosos. Entonces Dios, el Todopoderoso, se complace en ablandar los corazones endurecidos, y subyugar a los valientes y llevarlos a conocer la Verdad de Dios. La única causa real, es Su Espíritu obrando en la mente de los hombres.

Pero si bien esta es la única causa real, existen causas instrumentales, y la principal causa instrumental de un gran avivamiento debe ser la predicación audaz, fiel e intrépida de la Verdad de Dios tal como es en Jesús. Hermanos, de vez en cuando queremos tener una reforma. Una reforma nunca servirá a la Iglesia, necesita continuamente desarrollarse, porque sus obras se agotan y no actúa como antes. Las doctrinas audaces y llanas que expuso Lutero comienzan a modificarse un poco, hasta que capa tras capa se deposita sobre ellas, y finalmente se cubre la antigua y rocosa Verdad de Dios.

Y luego crece sobre el subsuelo superficial una abundancia de errores verdes y floridos que parecen bellos y hermosos, pero que no están relacionados en modo alguno con la Verdad de Dios, excepto que son los productos de su descomposición. Luego vienen hombres audaces que sacan a relucir la Verdad de Dios y dicen: "Quiten esta basura, que un estallido sea sobre estas engañosas bellezas. ¡No los queremos, saca a relucir la antigua Verdad de Dios una vez más!" Y sale, pero la tendencia de la Iglesia, perpetuamente, es cubrir su propia simplicidad desnuda, olvidando que la Verdad de Dios, nunca es tan hermosa como cuando se encuentra en su propia gloria dada por Dios sin adornos.

Y ahora, en este momento, necesitamos restaurar las antiguas Verdades a sus lugares. Por lo tanto, las sutilezas y los refinamientos del predicador deben dejarse de lado. Debemos abandonar las grandes distinciones de los escolásticos y todos los tecnicismos ilustrados de hombres que han estudiado teología como un sistema, pero que no han sentido el poder de ella en sus corazones. Y cuando la buena y antigua Verdad de Dios sea predicada una vez más, por hombres cuyos labios sean tocados como con un carbón encendido del altar, este será el instrumento, en la mano del Espíritu, para producir un gran y completo avivamiento de religión en la tierra.

Pero además de esto, deben estar las oraciones fervientes de la Iglesia. Todo es en vano, el ministerio más incansable, si la Iglesia no riega la semilla sembrada, con sus abundantes lágrimas. Cada avivamiento ha sido iniciado y asistido por una gran cantidad de oración. En la ciudad de Nueva York en el momento presente, creo que no hay una sola hora del día en la que los cristianos no se reúnan para orar. Una Iglesia abre sus puertas de cinco a seis para la oración, otra Iglesia abre de seis a siete y convoca a sus orantes para ofrecer el sacrificio de la súplica. Han pasado las seis y los hombres se han ido a su trabajo.

Otra clase lo encuentra entonces conveniente, como aquellos, tal vez, que van a trabajar a las ocho o a las nueve, que de siete a ocho haya otra reunión de oración. De ocho a nueve hay otra, en otra parte de la ciudad y lo que es más maravilloso, en pleno mediodía, de doce a una, en medio de la ciudad de New York, se hace una Reunión de Oración en un gran salón, que está abarrotado hasta las puertas todos los días, con cientos de pie afuera. Este grupo de Oración está formado por comerciantes de la ciudad, que pueden disponer de un cuarto de hora para entrar y decir una palabra de oración y luego salir de nuevo, después entra un nuevo grupo para completar las filas, de modo que se supone que muchos cientos se reúnen en ese lugar para orar durante la hora señalada.

Esta es la explicación del avivamiento. Si esto se hiciera en Londres, si por una vez superáramos a la antigua Roma, que mantiene a sus monjes en sus santuarios, siempre en oración, tanto de noche como de día, si juntos pudiéramos mantener una cadena dorada de oración, eslabón tras eslabón de la santa hermandad uniéndose en súplica, entonces podemos esperar una abundante efusión del Espíritu Divino del Señor nuestro Dios. El Espíritu Santo como el Agente real, la Palabra predicada y las oraciones de la gente como instrumentos, y así hemos explicado la causa de un verdadero avivamiento de la religión.

2. Pero ahora, ¿cuáles son LAS CONSECUENCIAS DE UN AVIVAMIENTO DE LA RELIGIÓN? Pues, las consecuencias son todo lo que nuestro corazón pueda desear para el bien de la Iglesia. Cuando el avivamiento de la religión llega a una nación, el ministro comienza a encenderse. Se dice que en América los predicadores más adormecidos han comenzado a despertar, se han calentado en el fuego general y los hombres que no podían predicar sin notas y no podían predicar con ellas para ningún propósito en absoluto, han encontrado en sus corazones el hablar con franqueza y hablar con todas sus fuerzas a la gente. Cuando llega un avivamiento, el ministro de repente descubre que las formas y convencionalismos usuales del púlpito, no son exactamente adecuados para los tiempos. Rompe una valla. Luego se encuentra en una posición incómoda y tiene que atravesar otra.

Se encuentra tal vez un domingo por la mañana, siendo un Doctor en Divinidad, en realidad contando una anécdota, rebajando la dignidad del púlpito al usar realmente un símil o una metáfora, a veces quizás accidentalmente haciendo sonreír a su gente, y lo que también es un gran pecado en estos teólogos sólidos, de vez en cuando derramando una lágrima. No sabe exactamente cómo sucede, pero la gente capta sus palabras. "Debo tener algo bueno para ellos", dice. Simplemente quema ese viejo lote de sermones, o los pone debajo de la cama y obtiene algunos nuevos, o no obtiene ninguno, pero solo recibe su texto y comienza a clamar: "Hermanos y hermanas, crean en el Señor Jesucristo y serán salvos".

Los viejos diáconos dicen: "¿Qué le pasa a nuestro ministro?" Las ancianas, que lo han escuchado durante muchos años y dormían frente a la galería con tanta frecuencia, comienzan a despertarse y dicen: "Me pregunto qué le habrá pasado, ¿cómo puede ser? Pues, él predica como un hombre en llamas. La lágrima corre por su ojo, su alma está llena de amor por las almas". No pueden resolverlo. A menudo habían dicho que era aburrido, triste y somnoliento. ¿Cómo es que todo esto cambia? Bueno, es el avivamiento. El avivamiento ha tocado al ministro. El sol, que brilla con tanta fuerza, ha derretido parte de la nieve en la cima de la montaña y está cayendo en arroyos fertilizadores para bendecir los valles. Y la gente de abajo es refrescada por los ministerios del hombre de Dios que se ha despertado de su sueño y se encuentra, como otro Elías, fortalecido por cuarenta días de trabajo.

Bueno, entonces, inmediatamente después de eso, el avivamiento comienza a tocar a la gente en general. La congregación una vez fue distinguida por los asientos vacíos, en lugar de los llenos, pero de repente, el ministro no lo entiende, encuentra a la gente viniendo a escucharlo. Nunca fue popular, nunca esperó serlo; de repente se despierta y viene a ser popular, en la medida en que una gran congregación puede hacerlo. ¡Está la gente y cómo escuchan! Todos están despiertos, todos en serio. Inclinan la cabeza hacia adelante, se llevan las manos a los oídos. Su voz es débil; tratan de ayudarlo; están haciendo cualquier cosa para poder oír la Palabra de Vida, y entonces los miembros de la Iglesia abren los ojos y ven la capilla llena y dicen: "¿Cómo ha sido esto? Deberíamos orar".

Se convoca una Reunión de Oración. Había cinco o seis en la sacristía, ahora son quinientos o seiscientos y se convierten en la capilla. ¡Y oh, cómo oran! Aquel veterano, que oraba durante veinte minutos, ahora encuentra conveniente limitarse a cinco. Y ese buen anciano, que siempre repetía la misma forma de oración cuando se levantaba y hablaba del caballo que se precipitaba a las batallas y el aceite de vasija en vasija y todo eso, deja todas estas cosas en casa y solo ora, "Oh Señor, salva a los pecadores, por amor de Jesucristo". Y se escuchan sollozos y gemidos en las Reuniones de Oración. Es evidente que no uno, sino todos, están orando. Todo el grupo parece movido a la súplica. ¿Cómo es esto de nuevo? Bueno, es solo el efecto del avivamiento, porque cuando el avivamiento verdaderamente llega, el ministro y la congregación y la iglesia recibirán bien por ello.

Pero no termina aquí. Los miembros de la Iglesia se vuelven más solemnes, más serios. Se atienden mejor los deberes familiares. El círculo del hogar se somete a una mejor cultura. Aquellos que no pudieron dedicar tiempo a la oración familiar, descubren que ahora pueden hacerlo; aquellos que no tuvieron la oportunidad de enseñar a sus hijos, ahora no se atreven a pasar un día sin hacerlo, porque oyen que hay niños convertidos en la Escuela Dominical. Ahora hay el doble en la Escuela Dominical de lo que había antes, y lo que es maravilloso, los niños pequeños se reúnen para orar. Sus corazoncitos están conmovidos y muchos de ellos muestran signos de una obra de gracia iniciada, y los padres y las madres piensan que deben intentar lo que puedan hacer por sus familias: si Dios está bendiciendo a los niños pequeños, ¿por qué no debería bendecir a los de ellos?

Y luego, cuando ves a los miembros de la Iglesia subiendo a la Casa de Dios, notas con qué aire firme y sobrio van. Quizás hablan en el camino, pero hablan de Jesús, y si susurran juntos a las puertas del santuario, ya no es un chismorreo ocioso; no es un comentario sobre, "¿cómo te gusta el predicador? ¿Qué pensaste de él? ¿Notaste a Fulano de Tal?" Oh, no, "Ruego al Señor que pueda bendecir la palabra de Su Siervo, que pueda enviar una unción desde lo alto, que la llama moribunda se encienda y que donde hay vida, se promueva, fortalezca y reciba nuevo vigor". Esta es toda su conversación.

Y luego viene el gran resultado. Se lleva a cabo una reunión de investigadores. ¡El buen hermano que lo preside está asombrado! Nunca antes había visto venir tantos en su vida. “¡Pues!”, dice él, “¡hay cien, por lo menos, que vienen a confesar lo que el Señor ha hecho por sus almas! Aquí hay cincuenta que vienen todos a la vez para decir que bajo tal sermón fueron traídos al conocimiento de la Verdad. ¿Quién me ha engendrado éstos? ¿Cómo ha sucedido? ¿Cómo puede ser? ¿No es el Señor un gran Dios que ha hecho una obra como esta? Y luego, los conversos que son así traídos a la Iglesia, si el avivamiento continúa, son muy fervientes. Nunca viste gente así.

Los forasteros los llaman fanáticos. Es un bendito fanatismo. Otros dicen que no son más que entusiastas. Es un entusiasmo celestial. Todo lo que se hace se hace con tal espíritu. Si cantan, es como el estruendo del trueno. Si oran, es como el relámpago rápido y agudo, iluminando la oscuridad de los corazones fríos, y haciéndoles sentir por un momento, que hay algo en la oración. Cuando el ministro predica, predica como un Boanerges y cuando la Iglesia se reúne, lo hace con buena voluntad. Cuando dan, dan con mayor liberalidad. Cuando visitan a los enfermos lo hacen con dulzura, mansedumbre y amor. Todo es hecho con una sola mirada a la gloria de Dios. No de los hombres, sino por el poder de Dios. ¡Oh, que podamos ver un avivamiento como este!

Pero, bendito sea Dios, no termina aquí. El avivamiento de la Iglesia entonces toca al resto de la sociedad. Los hombres que no se acercan y profesan la religión, son más puntuales en atender los medios de gracia. Los hombres que solían jurar, se dan por vencidos, encuentran que no es adecuado para los tiempos. Los hombres que profanaron el día de reposo y que despreciaron a Dios, encuentran que no servirá; lo dan todo. Los tiempos cambian. La moral prevalece. Los niveles inferiores se ven afectados. Compran un sermón donde solían comprar algún tratado de tonterías a un centavo. Los órdenes superiores también son tocados, ellos también son llevados a escuchar la Palabra. Su señoría, en su carruaje, que nunca hubiera pensado en ir a un lugar tan ruin como una reunión religiosa, ahora no le importa adónde va, siempre que sea bendecida.

Ella quiere escuchar la Verdad de Dios, y un carretero tira de sus caballos al lado del par de grises de su señoría, y ambos entran y se inclinan juntos ante el Trono de la Gracia Soberana. Todas las clases se ven afectadas, incluso el Senado lo siente. El mismo estadista se sorprende y se pregunta qué significan todas estas cosas. Incluso la reina en el trono, siente que se ha convertido en la reina de un pueblo mejor de lo que conocía antes, y que Dios está haciendo algo en sus reinos más allá de todo pensamiento: que un gran Rey está blandiendo un cetro mejor, y ejerciendo una influencia mejor que incluso su excelente ejemplo. Ni siquiera termina ahí.

El cielo está lleno. Uno a uno mueren los conversos y hasta se llena más. Las arpas del Cielo suenan más fuerte, los cantos de los ángeles se inspiran con nueva melodía, porque se regocijan al ver a los hijos de los hombres postrados ante el trono, el universo se alegra. Es el propio verano de Dios. Es la primavera universal. Ha llegado la hora del canto de los pájaros, la voz de la tortuga se escucha en nuestra tierra. ¡Oh, que Dios nos envíe un avivamiento de la religión como éste!

Doy gracias a Dios que nosotros, como pueblo, hemos tenido una gran razón para agradecerle, que hemos tenido una medida de avivamiento de este tipo, pero nada comparado con lo que deseamos. He oído hablar de avivamientos, donde se reunían veinte, treinta, cuarenta y cincuenta; pero, digámoslo para la honra de nuestro Dios, nunca pasa un mes, sin que se abra nuestra piscina bautismal, y nunca un domingo de comunión, sin que recibamos a muchos en el redil del Señor. Hasta trescientos en un año hemos añadido a la iglesia, y todavía el grito es: "¡Venid! ¡Venid!"

Y si se construyera nuestro nuevo santuario, estoy persuadido de que, en seis meses desde su construcción, en lugar de tener mil doscientos miembros, yo sería el pastor de por lo menos dos mil, porque creo que hay muchos de ustedes que asisten a este salón por la mañana, a quienes les resulta bastante imposible aglomerarse en la capilla por la noche y solo están esperando y ansiosos, para poder decirnos a mí y a los hermanos lo que Dios ha hecho por vuestras almas. Esto lo sé, el Señor ha sido muy misericordioso con nosotros y a Él sea el honor por ello, pero queremos más. Nuestras almas son codiciosas, codiciosas de Dios. ¡Oh, que todos seamos convertidos!

***"Anhelamos ver las Iglesias llenas,
que todo el linaje escogido,
con una sola voz, corazón y lengua,
cante Su gracia redentora".***

Y también debemos agradecer a Dios que no haya terminado ahí, porque el último sábado por la noche tuvimos el Exeter Hall lleno, la Abadía de Westminster llena y este lugar también lleno. Y aunque no estemos del todo de acuerdo en sentimiento con todo lo que se predica, ¡Dios los bendiga a todos! Mientras se predique a Cristo, me regocijo, sí, y me regocijaré. quiera Dios que todos los grandes edificios de Londres estuvieran abarrotados también, y que cada hombre que predicara la Palabra, fuera seguido por decenas de miles que escucharan la Verdad de Dios, ¡Que pronto llegue ese día! Y hay un corazón que se regocijará en tal día más que cualquiera de ustedes, un corazón que siempre latirá más alto cuando vea a Dios glorificado, aunque nuestro propio honor disminuya.

3. Ahora tendremos que pasar al tercer punto, que era UNA PRECAUCIÓN. Cuando Christmas Evans predicó en Gales durante un tiempo de avivamiento, solía hacer danzar a la gente. La congregación estaba tan emocionada bajo su ministerio que verdaderamente danzaron. Ahora bien, yo no creo que el danzar fuera obra del Espíritu. El ser conmovidos en sus corazones puede ser la obra del Espíritu Santo, pero al Espíritu Santo no le interesa hacer que la gente dance bajo los sermones, no sale nada bueno de ello. De vez en cuando entre nuestros amigos metodistas hay una gran conmoción y escuchamos de una mujer joven en medio de un sermón que se sube a la parte superior de un banco y da vueltas y vueltas en éxtasis, hasta que cae desmayada y ellos claman: "¡Gloria a Dios!".

Ahora no creemos que esa sea la obra del Espíritu, creemos que es una tontería ridícula y nada más. En los viejos avivamientos en Estados Unidos hace cien años, comúnmente llamados "el gran despertar", había muchas cosas extrañas, como chillidos y gritos continuos, golpes y espasmos, bajo los servicios. No podemos llamar a eso la obra del Espíritu. Incluso el gran avivamiento de Whitefield en Cambuslang, uno de los más grandes y notables avivamientos que jamás se hayan conocido, estuvo acompañado de algunas cosas que no podemos dejar de considerar como supersticiones asombrosas. La gente estaba tan emocionada, que no sabían lo que hacían.

Ahora, si en algún avivamiento ves alguna de estas extrañas contorsiones del cuerpo, siempre distingue entre las cosas que difieren. La obra del Espíritu Santo es con la mente, no con el cuerpo de esa manera. No es la voluntad de Dios que tales cosas deshonren los procedimientos, creo que tales cosas son el resultado de la malicia satánica. El diablo ve que se hace mucho bien. "Ahora", dice él, "lo estropearé todo. Pondré mi pezuña allí y haré un mundo de travesuras. Hay almas que se están convirtiendo, dejaré que se emocionen tanto que hagan cosas ridículas y luego todo será despreciado". Ahora, si ves alguna de estas cosas extrañas, ¡cuidado!

Ahí está ese viejo Abadón ocupado, tratando de estropear el trabajo. Deja esos caprichos tan pronto como puedas, porque donde actúa el Espíritu, Él nunca obra en contra de Sus propios preceptos y Su precepto es: "Hágase todo decentemente y con orden". No es decente ni ordenado que la gente dance bajo el sermón, ni de alaridos, ni grite, mientras se les predica el Evangelio y, por lo tanto, no es obra del Espíritu en absoluto, sino mera excitación humana.

Y de nuevo recuerda que siempre debes distinguir entre hombre y hombre en la obra de avivamiento. Mientras que, durante un avivamiento de la religión, un número muy grande de personas se convertirá realmente, habrá una porción muy considerable que estará meramente excitada con excitación animal y cuya conversión no será genuina, siempre espera eso y no te sorprendas si lo ves.

No es más que una ley de la mente que los hombres se imiten unos a otros y parece razonable que cuando hay una persona que está verdaderamente convertida, debería haber una especie de deseo de imitarla en otra que aún no es poseedora de la verdadera y Soberana Gracia. No te desanimes, entonces, si te encuentras con esto en medio de un avivamiento, no es prueba de que no sea un verdadero avivamiento. Es solo una prueba de que no es cierto ese caso particular.

Debo decir, una vez más, que, si Dios nos envía un gran avivamiento de la religión, será nuestro deber no aflojar los lazos de la disciplina. Algunas iglesias, cuando aumentan mucho, son propensas a agregar personas a su número al por mayor, sin el examen debido y apropiado. Debemos ser tan estrictos en los paroxismos de un avivamiento como en los tiempos más fríos de un aumento gradual y si el Señor envía Su Espíritu como un huracán, es nuestro manejar con destreza las velas para que el huracán no nos naufrague al conducirnos sobre alguna roca caída que pueda causarnos lesiones graves. Cuidaos, vosotros que sois oficiales de la Iglesia, cuando veáis que la gente se agita, de ejercer todavía una santa cautela, no sea que la Iglesia se rebaje en su norma de piedad por la admisión de personas que no son verdaderamente salvas.

4. Con estas palabras de advertencia, reuniré ahora mi fuerza y trabajaré con todas mis fuerzas, para animarlos a buscar de Dios un gran avivamiento de la religión a lo largo y ancho de esta tierra.

Hermanos y hermanas, el Señor Dios nos ha enviado una bendición, una bendición es la garantía de muchas. Las gotas preceden a las lluvias de abril. Las misericordias que Él ya nos ha otorgado no son más que los precursores, y los preludios de algo más grande y mejor aún por venir. Él nos ha dado lo primero. Busquemos de Él la lluvia tardía, para que Su gracia se multiplique entre nosotros y Su gloria se acreciente. Hay algunos de ustedes a quienes me dirijo esta mañana que se interponen en el camino de cualquier avivamiento de la religión. Afectuosamente os amonesto y os suplico que no impidáis la obra del Señor, hay algunos de ustedes, quizás, aquí presentes hoy que no son consistentes en su vida, y, sin embargo, sois maestros de religión.

Tomas la copa sacramental en tu mano y bebes su vino sagrado, pero aun así vives como viven los mundanos y eres tan carnal y tan codicioso como ellos. Oh, mis hermanos y hermanas, ustedes son un serio obstáculo para el crecimiento de la Iglesia. Dios nunca bendecirá a un pueblo impío y en proporción a nuestra falta de santidad, Él retendrá la bendición de nosotros. Háblame de una Iglesia que es inconsistente, me dirás de una Iglesia que no está bendecida. Dios barrerá primero la casa antes de venir a morar en ella, Él tendrá Su Iglesia pura antes de bendecirla con todas las bendiciones de Su gracia. Recordad eso, vosotros incoherentes, y volved a Dios y pedid ser santificados.

Hay otros de ustedes que tienen un corazón tan frío que se interponen en el camino de todo progreso, actúas como un freno sobre las ruedas de la Iglesia; no puede moverse por ti. Si somos sinceros, pones tu mano fría en todo lo que es audaz y atrevido, no eres prudente y celoso. Si fueras así, bendeciríamos a Dios por darte esa prudencia que es una joya de la que siempre debemos dar gracias a Dios, si tenemos un hombre prudente entre nosotros; pero hay algunos de vosotros a los que me refiero, que sois prudentes, pero sois fríos, no tenéis fervor, no trabajáis por Cristo, no le servís con todas vuestras fuerzas; y hay otros de ustedes que son lo suficientemente imprudentes como para empujar a otros, pero nunca avanzan ustedes mismos.

Oh laodicenses, vosotros que no sois ni fríos ni calientes, recordad lo que el Señor ha dicho de vosotros: "Por tanto, como no sois ni fríos ni calientes, os vomitaré de mi boca". Y así hará contigo. Atención, atención, no sólo os estáis haciendo daño a vosotros mismos, sino que estáis haciendo daño a la Iglesia, y luego hay otros de ustedes que son tan rigurosos con el orden, tan entregados a todo lo que eso ha sido, que no les importa ningún avivamiento, por temor a que los lastimemos. No harías reparar la Iglesia, para que no tocáramos ni un trozo del venerable musgo que la cubre.

No limpiarías tu propia ropa porque tiene suciedad antigua. Piensas que, porque una cosa es antigua, por lo tanto, debe ser venerable; sois amantes de lo antiguo. No tendrías camino reparado, porque tu abuelo conducía su carreta por el surco que allí hay. "Que siempre esté ahí", dices. "Que siempre sea hasta las rodillas". ¿No lo pasó tu abuelo cuando estaba hasta las rodillas de barro y por qué no deberías hacer tú lo mismo? Fue lo suficientemente bueno para él y es lo suficientemente bueno para ti. Siempre has tomado un asiento cómodo en la capilla, nunca viste un avivamiento, no quieres verlo; crees que todo es una tontería y que no es de desear.

Miras hacia atrás. No encuentras precedentes para ello. El Doctor Fulano de tal no habló de eso. Vuestro venerable ministro que ha muerto no hablaba así, dices, por lo tanto, no es necesario. No necesitamos decirles que es bíblico, dado que no les importa, no es ordenado, dices. No necesitamos decirle que la cosa está bien, te importa más que la cosa sea antigua que buena. Ah, tendrás que quitarte del camino ahora, no es nada bueno, puedes intentar detenernos, pero te atropellaremos si no te quitas del camino. Con una pequeña advertencia tendremos que atropellar tus prejuicios e incurrir en tu ira, pero vuestros prejuicios no deben, no pueden, contenernos. La cadena puede estar muy oxidada con el tiempo y muy marcada con autoridad. El prisionero siempre está feliz de romperlo y, por mucho que tus grilletes nos pongan grilletes, los haremos pedazos si se interponen en el camino del progreso del reino de Cristo.

Habiendo hablado así a los que estorban, quiero hablaros a vosotros que amáis a Jesús con todo vuestro corazón y queréis promoverlo. Queridos amigos, les ruego que recuerden que los hombres están muriendo a su alrededor por miles, ¿dejarás que tus ojos los sigan al mundo de las sombras? Miríadas de ellos mueren sin Dios, sin Cristo, sin esperanza, mis hermanos y hermanas, ¿no despierta vuestra compasión su temible destino? Tú crees, por orden de las Escrituras, que aquellos que mueren sin fe van a ese lugar donde "su gusano no muere y su fuego nunca se apaga", creyendo esto, ¿no se conmueve tu alma dentro de ti en piedad por su suerte?

Mira a tu alrededor hoy, ves una gran multitud reunida, manifiestamente para el servicio de Dios. Sabéis también cuántos hay aquí que no le temen, sino que son extraños para sí mismos y extraños para la Cruz. ¿Qué? ¿Sabes lo solemne que es estar bajo la maldición, y no orarás y trabajarás por aquellos a tu alrededor que están bajo la maldición hoy? Recuerda la Cruz de tu Maestro. Él murió por los pecadores. ¿No llorarás por ellos?

***“¿Cristo lloró por los pecadores,
y vuestra mejilla estará seca?”***

¿Dio Él toda Su vida por ellos, y no levantarás tu vida para luchar con Dios para que Sus propósitos se cumplan a favor de ellos? Tienes hijos inconversos, ¿no quieres que se salven? Vosotros tenéis hermanos, hermanas, maridos, mujeres, padres, que están hoy en hiel de amargura y en prisiones de iniquidad. ¿No quieres un avivamiento, incluso si fuera solo por el bien de ellos? He aquí cuánto de robo, de asesinato, de crimen mancha esta pobre tierra, ¿no queréis un avivamiento de la religión, aunque sólo sea para apagar las llamas del crimen? Mira cómo el nombre de Dios es blasfemado todos los días.

Note cómo, en este día, los comercios se llevan a cabo como si fuera el día del hombre y no el de Dios. Observa cómo las multitudes van por el camino descendente, alegres en su camino hacia la destrucción. ¿No sufres por ellos? ¿Son vuestros corazones duros e impasibles? ¿Se ha endurecido tu alma? ¿Se ha congelado como un iceberg? ¡Oh, ¡Sol de Justicia, levántate y derrite el corazón helado y haznos sentir a todos cuán terrible es que las almas inmortales perezcan, que los hombres sean precipitados a la eternidad sin Dios y sin esperanza!

Oh, mis oyentes, ¿acaso no comenzarán ahora, a partir de ahora, a orar para que Dios envíe Su Palabra y los salve, para que Su propio nombre sea glorificado? Vosotros que no teméis a Dios, mirad cuánto ruido hacemos por vosotros. Sus almas valen más de lo que creen. ¡Oh, que creyeráis en Cristo, para salvación de vuestras almas!